

el turbante de lino, análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina, y exclamaba: «Dios lo sabe.» Á su vez el guerrero, que llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra, y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo.» Y Boabdil, que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista, y cómo la corona de Alhamar, en los edenes granadinos reclusa trescientos años frente á las victorias cristianas, se caía de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere.» Cumplida la entrega de las llaves, preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada; y como le indicaran ser el Conde célebre de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase, conservada también por la historia: «Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos, y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.» Siguió el Zogobí su camino de amargura, y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al rey Fernando por las alturas de

San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel, como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienes aquella corona que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con oriental riqueza y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural delicadeza los Reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y se rehacía su vida, renuevo de su sér, y á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de conten-

tarse con triste destierro al África, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la consideración á los demás, que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella, y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la reina Isabel aquellas frases que había dirigido antes al rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el Adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo, en la tienda del Cardenal, según lo convenido. El día iba creciendo, y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista. Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por

ver al ejército cristiano desplegar sus huestes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol que iba majestuosamente subiendo á su cenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el Cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón que se denomina la Vela, el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Korán, rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas, todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricoshombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines, trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una resurrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí: quinientos cauti-

vos repitieron en sus mazmorras el *Te Deum* de la vega, y cuando éste no había concluído todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, sólo interrumpidas por los reflejos del incendio; y el gran Miramamolín, que había soñado con ir desde Tremecén á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye des-pavorido al desierto dejando su tienda y su Korán; desde aquella noche no se había oído un *Te Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

Realizada la reconquista, encontrábase Colón frente á frente de maravilloso milagro, cumplido por la voluntad firme de un pueblo, el cual, en espacio relativamente restricto, sin auxilio de nadie, con su fe ardiente y su valor nativo, por siete siglos tuvo á raya, y venció al cabo, dos continentes como el Asia y el África, inagotables, cuyas razas más batalladoras, aceradas por un dogma de guerra y precedidas por un Profeta de combate, inútilmente contra nosotros porfiaron, mezclando el empuje á la tenacidad: vencieronlas dos virtudes patrias, el arrojo y la constancia. Sonaba la hora de convertir tantas energías al milagrosísimo logro de otra no menor empresa. Colón vió al Rey moro hincado de hinojos ante la Reina, un mundo en el ocaso ante un sol en el cenit; vió el carde-

nal Mendoza sobre la torre Bermeja, con su cruz en la mano, que parecía bajo aquel cielo celeste y sobre aquel pedestal rosáceo, un astro diurno resplandeciente de sublimes ideales y de consoladoras esperanzas. Todo á sus ojos lo podía la fe viva, sustentada por la voluntad resuelta. El *Te Deum* de la Vega entonado ante las ruinas de un pueblo viejo y roto, debió anticipar á su espíritu el misterioso *Te Deum* ante la surrección de un pueblo niño y de una tierra virgen. Ya no podía esperar más tiempo: la vida suya entraba en su ancianidad á más andar y la impaciencia lo destrozaba como al arbusto el huracán. Ya no hubo término medio posible, imponiéndose como se imponía la incontrastable alternativa de irse á otro suelo más propicio á sus planes, ó arrancar al poder de los Reyes las tres carabelas pedidas en vano durante cuatro lustros á todos los principales poderes de la rica Europa. Otra junta de sabios parece haberse reunido aquí, bajo la presidencia del cardenal Mendoza, muy semejante á la presidida en Córdoba por Talavera y la reunida en Salamanca por Deza. Geraldini la refiere mucho después de celebrada y cuenta cómo se repitieron las argumentaciones de cajón, por el Profeta desvanecidas mil veces. Hallábase Geraldini tras Mendoza, cuando apretaban los ciegos del alma con mayor furia en sus tesis negativas, todas ellas fundamentadas sobre reminiscencias de pensamientos falsísimos arrancados á las obras de Leris y San Agustín. «Buenos teólogos, dijo el joven eclesiástico italiano al viejo Arzobispo español, pero malos naturalistas.» Negar el hemisferio austral cuando los portu-

gueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, parecíale una insensatez. El Cardenal recogió con su ímpetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, cómo si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién inventadas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedía tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte pro-



Lit. Felipe G. Rojas. Madrid

PRESENTACIÓN DE COLÓN EN SANTA FE
A LOS REYES CATÓLICOS

gueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, parecía una insensatez. El Cardenal recogió con su ímpetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién inventadas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedía tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte pro-



Lit. Felipe C. Rojas Madrid

PRESENTACION DE COLÓN EN SANTA FE
A LOS REYES CATÓLICOS